

# DIANA, LA SOCIALISTA

Tomás Straka

*La conversión de un ícono publicitario en uno propagandístico revela no sólo el inmenso valor de las imágenes para apalancar ideas y mover voluntades, sino también la naturaleza, la vocación y el alcance del contexto que propició esa conversión: el socialismo, el que hubo en el Bloque Soviético y se vino abajo en 1989 para sobrevivir en un par de países, pero que, al parecer, todavía añoran algunos.*

EN 1960 la agencia publicitaria Fornari creó a Dianita, el ícono de Aceites Diana, una empresa fundada en Valencia en 1946 y que inicialmente comercializó un producto llamado Aceite Aura. Fue un poco más tarde cuando sacó al mercado el aceite que lleva su nombre y la haría famosa. Desde entonces la niña gordita con dos moños, un vestido verde con lunares amarillos, que parece estar bailando y en su mano derecha lleva una sartén con dos muslos de pollo, se convirtió en un entrañable personaje para los consumidores venezolanos. Algunas de sus cuñas televisivas permitieron afianzarla mediante dibujos animados.

En 2009, dentro del proyecto general de poner en manos del Estado las empresas «estratégicas», comenzando con aquellas que por algún motivo no estuvieran plenamente operativas, Diana fue estatizada. Lo notable es que no sólo se mantuvo su imagen, sino que ahora Dianita aparece otra vez en dibujos animados y *comics* (eso sí, más estilizada y adulta), como una líder obrera que encabeza la toma de la empresa por los trabajadores. En una de las cuñas, un Simón Bolívar celebra desde un cuadro la medida con sonrisa complacida y paternal.

El procedimiento resulta emblemático de los «socialismos reales»; inicialmente, por la concepción política e ideológica de las actividades productivas o, en todo caso, por la subordinación

de sus aspectos técnicos a los fines «trascendentes» que traslucen los nuevos anuncios. Ahora, el ícono no sirve como estrategia de publicidad y mercadeo para vender un producto, sino para vender un nuevo proyecto de Estado y sociedad. No se discute aquí la crítica marxista que ve en la publicidad una forma especialmente refinada de ideologización burguesa: lo que Dianita expresaba como ícono publicitario tenía su costado político. ¿Por qué es una mujer quien fríe el pollo? ¿No es eso explotación de la mujer? Tampoco se discute la crítica de la ciencia como «metafísica burguesa»: cuando se habla de ingeniería en alimentos o de contabilidad como algo carente de ideología se está mintiendo, porque ambas cosas contienen una forma de ver la sociedad. ¿Quién ha dicho que un balance no es una clara manifestación capitalista de deseos de ganancia?

Pero todo indica que los publicistas de Fornari no estaban pensando en eso cuando crearon a Dianita. Ellos sólo querían pegar el producto en el mercado y aumentar las ventas de su cliente. Que esa intención correspondiera a un sistema de valores lleno de vasos comunicantes con la política es otra cosa; o que esos valores puedan llegar a ser éticamente cuestionables también lo es, incluso si se comparten algunas aprehensiones sobre la moral de los publicistas. Obviamente, la teoría de la comunicación y la semiótica tienen

mucho que decir al respecto, por lo que es recomendable dejar su análisis a los especialistas. Lo que sí es muy revelador de una forma determinada de concebir la economía es eso de volver a las industrias lugares para experimentos sociales (y no, sencillamente, para producir aceite) y convertir un ícono publicitario en un medio para hacer la revolución (y no sólo para que la gente recuerde la marca de un aceite).

Ninguna de las dos cosas es, en principio, reprochable si se acepta que el proyecto es acabar con la lógica capitalista de la producción y sus relaciones. Pero tal vez los gerentes de planta de la Unión Soviética, al verse en situaciones similares, habrán llegado a preguntarse: «¿Y cuándo, mientras rehacemos el mundo, producimos aceite?». Tal vez, cuando no pudieron producirlo con la eficiencia requerida, habrán podido decir: «No importa, porque el objetivo general de hacer la revolución fue alcanzado. Algún día llegará el aceite a los anaqueles». Aunque la única razón por la que el sistema de planificación central no fue capaz de satisfacer las demandas cotidianas de sus ciudadanos no fue esa (hubo problemas mayores en incentivos, suministros y distribución), sí fue una de sus mejores cartas para justificar sus fallas: no importan las carencias de hoy, «el futuro funciona y es socialista». La buena noticia es que, hasta donde lo anuncian las cifras oficiales, Aceites Diana ha alcanzado

magnitudes de producción capaces de tranquilizar a los escépticos. La mala es que no hay forma de contrastarlas con otros datos.

La nueva Dianita expresa también otra característica de los socialismos reales: la dificultad para generar referentes culturales tajantemente distintos de los producidos por la sociedad y la cultura burguesas, o al menos para generar otros más efectivos. Aunque los socialismos reales también produjeron un Dimitri Shostakóvich y un payaso de la escala mundial de Oleg Popov, o lograron poner en órbita al Sputnik, el balance general no es muy alentador. Todo indica que la ortodoxia y la censura sofocaron las capacidades creativas; por ejemplo, lo más prometedor de las artes plásticas y del diseño soviético de los días del constructivismo dio paso al plúmbeo realismo socialista, las ideas —para muchos las francas chifladuras— de Lysenko impidieron una ciencia soviética capaz de superar a la occidental o las purgas apartaron de la investigación a Luria con sus deslumbrantes trabajos de neurociencia.

Lo que pudiera llamarse la cultura pop del socialismo —que tuvo también sus cantantes y bailes juveniles, sus programas de televisión, sus vestidos de moda— difícilmente fue más allá de lo que terminó haciéndose en muchos otros aspectos de la vida: copiar y adaptar hasta donde fuera posible lo que Occidente inventaba. Tales son los casos del trágico Red Elvis, Dean Reed, fallido émulo del «Rey» en la Alemania Oriental (al final se suicidó) o la Lipsi Tanz, una especie de chacha-chá prusiano que quiso sustituir al *rock'n'roll* en los cincuenta y que, después de todo, no carecía de gracia. Quienes se atrevían a ir más allá, como Nina Hagen, tuvieron que huir o asumir algunas de las formas más radicales de contracultura del siglo XX, como las de quienes participaron en la Praga Underground de la década de los setenta. Jamás el Woodstock de Estados

Unidos, que al cabo fue financiado por la industria del entretenimiento, resultó tan auténticamente contestatario y antisistema como el multitudinario concierto de The Plastic People (¡con su nombre en inglés!) en la ciudad checa de Ceské Budějovice (Budweiss en alemán: de ahí viene la cerveza) en 1974. Otro tanto puede decirse de las fiestas *rave* de Berlín Oriental antes de la caída del Muro.

Ante la dificultad de hacer que las personas consuman su producción cultural con el mismo entusiasmo con que consumían la anterior, los regímenes real-socialistas terminaban «resemantizándola»; es decir, reinterpretando esas manifestaciones del pasado para alinearlas con las necesidades de la hora. Que eso ocurra en todas las sociedades, en algún grado, es normal; pero que ocurra en las que se han propues-

comienzos del siglo XXI, aquellos referentes al pasado soviético —piénsese, por ejemplo, en el baile del Lipsi— le resultarán tan lejanos y ajenos como si se le hablara de otro planeta. Obviamente, no lo son si se atiende al proyecto y los valores que encarna, pero otra cosa es su vivencia. Tal vez nuestra Dianita nada haya oído de aquel tiempo, o haya oído algo en los cursos de alguna misión o en la voz del presidente Chávez, pero la conversión del ícono implica otra conversión, mucho más profunda, en aquellos a quienes se supone representados por el personaje: unos obreros que transitan su Camino de Damasco y ven la luz.

En el dibujo, el proceso es más sencillo que en la realidad. Según las Bases Programáticas del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), al alcance de cualquiera en Internet o

### La nueva Dianita expresa una característica de los socialismos reales: la dificultad para generar referentes culturales tajantemente distintos de los producidos por la sociedad y la cultura burguesas, o al menos para generar otros más efectivos

to tomar el cielo por asalto, barriendo con lo anterior, es llamativo. Basten los ejemplos rusos del Ballet Bolshoi vuelto símbolo de la Unión Soviética, o de Alexander Nevsky resucitado como símbolo nacional antes de la invasión alemana, pero cuando todo la presagiaba. Recuérdese la famosa película de Sergei Eisenstein de 1938. Dianita resemantizada como líder obrera y socialista hace un poco ese papel. Por eso, más allá de lo ingenioso y gracioso de esta conversión, se percibe esa falta de musculatura creativa que a la larga termina secando la capacidad del sistema para renovarse. De estatizarse algún día todas las empresas, ¿podrán los nuevos diseñadores crear una imagen tan potente y eficaz?

Ahora bien, si de verdad Diana representa a una obrera socialista y adolescente de la Valencia venezolana de

en el Libro Rojo de distribución gratuita, uno de sus objetivos estratégicos y esenciales es «la lucha contra la cultura política liberal burguesa», pero es uno de los más complicados. Dice el documento: «... cuestión que se hace mucho más difícil considerando que la experiencia de más de 40 años de democracia representativa genera un imaginario, unas prácticas sociales y unos valores arraigados en la conciencia popular, al punto que estas prácticas constituyen serias limitaciones para la transformación revolucionaria de la sociedad venezolana».

Aunque no es muy prolijo al explicar por cuál modelo se va a sustituir el Estado burgués (se habla de ponerlo «en manos del pueblo» y no mucho más), lo dicho es también una declaración muy importante del éxito que ha tenido la vieja cultura democrática



## COMPROMISO SOCIAL: GERENCIA PARA EL SIGLO XXI

ANTONIO FRANCÉS (COORDINADOR)

Ediciones 

0212-555.42.63  
edies@iesa.edu.ve

La empresa es el motor económico por excelencia, sea privada, pública o social. Hasta ahora trabaja para sus accionistas, pero los trabajadores, los clientes y las comunidades le plantean exigencias crecientes, que van más allá de lo que se conoce como responsabilidad social. En *Compromiso social: gerencia para el siglo XXI* se dan herramientas novedosas para responder a esas exigencias.

(para muchos, la única cultura democrática digna de tal nombre) para pervivir, de hasta qué punto los venezolanos la han hecho suya.

También se lee en estas bases programáticas que la «ruptura de la cultura empresarial capitalista» es un objetivo central del partido. No se habla de eliminar en sí la propiedad o la empresa privadas, pero sí de reducir su importancia, sobre todo en los medios de producción, para dejar lo importante en manos del Estado. En esto el PSUV está al día con los demás partidos comunistas que siguen considerándose herederos de la tradición leninista: un sistema mixto, más o menos similar a la «Nueva Política Económica» (NEP, por sus

socialismo mantiene su diferencia esencial con la de quienes sostienen, y han sostenido en los últimos cien años, que si bien los grandes ideales socialistas son los éticamente correctos —los mayores grados posibles de igualdad y libertad entre los hombres, la necesidad de un Estado que ayude a conseguirlos, la necesidad de quitarle el poder a la burguesía— nada obliga a mantenerse dentro de los planes trazados por Marx y Lenin cuando resulten impracticables; que la lectura de sus obras hay que hacerla con sentido crítico y no como quien busca una revelación en un texto sagrado; que no existe razón alguna para mantenerse fiel a ellos ni a ningún otro dogma, si se

### **Lo que pudiera llamarse la cultura pop del socialismo —que tuvo también sus cantantes y bailes juveniles, sus programas de televisión, sus vestidos de moda— difícilmente fue más allá de lo que terminó haciéndose en muchos otros aspectos de la vida: copiar y adaptar hasta donde fuera posible lo que Occidente inventaba**

siglas en ruso) de Lenin, que propició algún crecimiento después de la Gran Guerra y la Revolución. Stalin la echó para atrás en 1925, para imponer la planificación central quinquenal, ese «Plan Gengis Khan», como lo llamó Nikolai Bujarin por sus cualidades potencialmente devastadoras. Además, a partir de 1928, la consiguiente matanza de los *kulaks* —los campesinos de clase media que se opusieron a la colectivización de sus fincas— terminó de darle su perfil de Gengis Khan a Stalin. Aunque Bujarin fue más bien un propagandista y no el teórico que quiso representar, era de los pocos bolcheviques que desafiaban la solemnidad revolucionaria con sentido de humor y de los más cautos con las posibilidades reales de imponer el socialismo a machamartillo. Stalin lo fusiló en 1938.

Esa distancia entre Stalin y Lenin, Trotsky y Bujarin, a la larga ha resultado muy útil para los partidos marxista-leninistas sobrevivientes a 1989. La tesis que manejan es, más o menos, que el error estuvo en el estalinismo, no en el modelo marxista-leninista en sí, que a la revolución le queda una oportunidad depurándose y volviendo a sus orígenes, que el camino es el sueño romántico del Che Guevara —¿lo que hizo como ministro de industria en Cuba?— y no el burocratismo de Brezhnev.

Este tema merece seguir siendo discutido. Con todo, esa visión del

ha demostrado su error en algún punto (hay que admitir que el PSUV, aunque no lo dice así, más o menos sostiene este principio al enarbolar la originalidad como el octavo punto de su Declaración de Principios). Ejemplos de tal reconocimiento de errores son 1) que sus profecías sobre el fin muy próximo del capitalismo o la inminente llegada de la revolución, producto de la lucha de clases, se desmienten en los hechos (acá sí coincide el PSUV con el marxismo-leninismo clásico: el segundo punto de la Declaración de Principios asegura que el capitalismo está en crisis y pronto va a caer) o 2) que el Estado burgués ofrece caminos para acercarse a las metas socialistas, como el voto universal que cambia las reglas del juego de la política o la liberación femenina, en tanto llega la revolución, si es que llega algún día (tal cosa es, obviamente, un anatema para el PSUV).

La ruptura con Lenin que protagonizaron los socialdemócratas alemanes desde finales del siglo XIX —Eduard Bernstein, Karl Kautsky y August Bebel— marca un derrotero distinto y, generalmente, contrapuesto. De hecho, las críticas de los marxistas al revisionismo y al reformismo, como simples fórmulas de pacto con la burguesía y traición a la clase obrera, van a marcar uno de sus deslindes ideológicos más hondos e intensos. Quienes hayan leído a Lenin se acordarán de sus constantes imprecaciones

al «renegado Kautsky». Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el mundo bipolar obligó a tomar partido en uno de los dos bandos, la socialdemocracia terminó ponderando sus ideales más cerca del liberalismo que del socialismo real. El Programa de Godesberg, de 1959, es el hito de ruptura definitiva del Partido Socialdemócrata alemán con su pasado marxista, en la República Federal; en la oriental, se autodisolvió e integró al Partido Socialista Unido. Es un ejemplo que cunde. En el 28° Congreso del Partido Socialista Obrero Español (Madrid, 1979), por ejemplo, se hace otro tanto bajo el lema de «construir la libertad» que impuso Felipe González.

La socialdemocracia, entonces, hoy propugna por una economía mixta y un Estado de bienestar. Y hasta donde lo dicen los indicadores sociales y económicos, ha obtenido verdaderos éxitos en este camino, cosa que generó no pocos problemas para los marxista-leninistas clásicos; sobre todo cuando, a partir de 1989, el Estado soviético se derrumba y el de bienestar, aunque entra en una crisis de la que aún no ha salido, aparece triunfante. Pero si algo les criticaba Bernstein era su condición refractaria a las evidencias. Siempre hay una nueva teoría marxista-leninista para explicar por qué el capitalismo no termina de caer o por qué la revolución no estalla cuando, dónde y cómo se ha previsto. Ni qué decir sobre el atrevimiento de sospechar que a lo mejor Marx se equivocó en algo. En todo caso, recuérdese, que el error estuvo en Gengis Khan, en el desviacionismo, y no en la esencia...

En cuanto al Estado de bienestar, para el marxismo-leninismo hay otro argumento, de índole moral: comoquiera que el capitalismo es intrínsecamente antiético —por la explotación del hombre por el hombre, por el trabajo alienado y por muchas otras cosas— pactar con él, aunque eso traiga la calidad de vida de Europa Occidental, es obtener beneficios de una suerte de pacto satánico. En los documentos del PSUV se lee: «...sólo es posible avanzar en la eliminación del capitalismo si se eliminan las relaciones sociales de producción basadas en la explotación del trabajo ajeno y, por consiguiente, si se eliminan los procesos de acumulación privada del capital basados en la ganancia producida por la explotación del trabajo... Puede ampliarse la frontera de cobertura de atención social y servicios, y puede elevarse la calidad

de vida de la población... pero éstas no serán más que diversas modalidades del “Estado de Bienestar social”, que en esencia no alteran las relaciones de producción capitalistas...».

Tal vez pocos venezolanos no relacionados con el tema tengan conciencia de que esta no es sólo una disputa que viene dándose desde la década de los treinta sino que, encima, ha tenido una inmensa influencia en la configu-

o de los otros socialdemócratas alemanes, o de que, en el caso de que lo fueran, los haya influido especialmente. Fue la vida venezolana, y un cierto talento antidogmático de los tres líderes y sus colaboradores más cercanos, lo que los convenció de un camino autónomo, de que la revolución de modelo soviético no correspondía a la etapa de desarrollo venezolano, cuando aún se admitía la visión de la historia de las

damental demoler los restos de su cultura y, en especial, AD, para la que reserva un encono especial heredado de las viejas luchas de la izquierda, en las cuales los sectores comunistas, desde la década de los cuarenta, fueron sistemáticamente vencidos por AD en casi todos los frentes.

Convertir, entonces, a Dianita, es cambiarle sus valores (en eso tiene razón el PSUV), hacerla desprestigiar esos principios de la democracia burguesa y de una cultura empresarial o, incluso más, de un cierto socialismo no marxista-leninista (al menos no del todo) que la gobernó por una generación. Hacerlo, no obstante, resemantizando un viejo ícono, da algunas pistas de las dificultades —ideológicas, simbólicas, axiológicas— que hay para hacerlo. Proponerlo, además, volviendo un proceso político e ideológico lo que antes era una estrategia de mercadeo (aun admitiendo que el mercadeo y la publicidad son dispositivos ideológicos), revela también otro tipo de dificultades que se pueden presentar. Tal vez el socialismo llegue y triunfe en su empeño de hacer un mundo mejor. Tal vez Dianita sea otro experimento como el Lipsi (que, insistimos, tenía su gracia), o tal vez cuando baile una de sus piezas, viendo las evidencias y sopesando los hechos, prefiera bailar la con Betancourt. ■

## Siempre hay una nueva teoría marxista-leninista para explicar por qué el capitalismo no termina de caer o por qué la revolución no estalla cuando, dónde y cómo se ha previsto

ración de la Venezuela moderna y ha producido algunas de las mejores páginas del pensamiento socialista latinoamericano.

Rómulo Betancourt, ya en los treinta; Teodoro Petkoff, a raíz de la decepción por la derrota de la guerrilla y la invasión a Checoslovaquia en 1968; y Alfredo Maneiro por las mismas razones en la década de los setenta; todos, partiendo del marxismo-leninismo, llegaron a conclusiones más o menos socialdemócratas, aunque ninguno (acaso Betancourt ya muy viejo) se atreviera a admitirlo redondamente. Tal vez obró en ello un cierto prurito marxista de base: los tres fundaron partidos que se declararon revolucionarios y lucharon por una revolución; el de Betancourt, Acción Democrática, incluso intentó hacerla en 1945; el de Petkoff, Movimiento al Socialismo, en un principio se concibió como un «nuevo comunismo»; y el de Maneiro, Causa R, se convirtió en una de las propuestas más originales y autónomas de las que se tengan noticias, muy en la línea de la Nueva Izquierda, con un «movimiento de movimientos». Acción Democrática, además, nunca se distanció mucho de la organización partidista leninista, que resultó ser muy eficiente.

No hay evidencia de que hayan sido cotidianos lectores de Bernstein

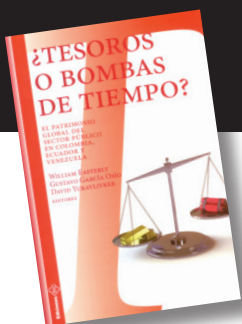
sociedades sostenida por el marxismo del Partido Comunista soviético (tal fue uno de los grandes argumentos de Betancourt en la década de los treinta), ni era deseable por su carácter tremendamente antidemocrático (en eso coinciden los tres: el totalitarismo soviético es una dictadura peor que la de Gómez) e imperialista (tanto Betancourt, cuando se espantaba por la neutralidad ante Hitler que pedían los partidos comunistas en los días del Pacto Nazi-Soviético, como Petkoff, con la invasión a Checoslovaquia, insistieron en eso) que a lo sumo sustituía el dominio norteamericano por el ruso.

Betancourt fue quien más suerte tuvo con su modelo, tomando el poder y moldeando, en gran medida y desde él, a la Venezuela moderna. Uno de los grandes agentes de esa democracia de cuarenta años, que el PSUV anota entre sus contrincantes más formidables, fue Acción Democrática (AD), su doctrina y sus valores. No es de extrañar que el PSUV —que se inserta en la tradición de quienes nunca disintieron esencialmente de la Unión Soviética (aunque sería injusto decir que en su seno y doctrina no haya una reflexión sobre sus males y colapso final), de esa «izquierda borbónica» como la llama Petkoff— considere un objetivo fun-

### NOTA

Los datos históricos sobre Aceites Diana fueron tomados del informe de pasantía elaborado en 2009 por Jandri Malpica para obtener el título de ingeniero mecánico en la Universidad Experimental del Táchira: «Estudio y evaluación del funcionamiento de sellos mecánicos usados en equipos rotativos de una empresa productora de alimentos».

Tomás Straka | Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello



## ¿TESOROS O BOMBAS DE TIEMPO?

WILLIAM EASTERLY, GUSTAVO GARCÍA OSÍO Y DAVID YURAVLIVKER

Ediciones



0212-555.42.63  
edies@iesa.edu.ve

Colombia, Ecuador y Venezuela comparten una historia común. Sin embargo, con el paso del tiempo han ido perfilando sus propias tendencias ideológicas y de interacción con la comunidad internacional. En este libro, tres reputados académicos estudian, a la luz de un novedoso enfoque conceptual, el desempeño macroeconómico y financiero de estas tres naciones democráticas entre los años 1980 y 2000. Las lecciones extraídas, dada su inquietante relevancia, son de obligatoria lectura.